La amenaza

Un rey, una dama, una torre, un alfil y un caballo de ajedrez están en el tablero representados por las letras J, K, L, M y N, aunque no necesariamente en este orden. Deduzca qué pieza es cada letra, sabiendo que cada número indica cuántas piezas amenazan a dicha casilla.

J					K		
					2		M
				N			
		L					
				4			

SOLUCION

J=Alfil; K=Rey; L=Caballo; M=Dama; N=Torre.

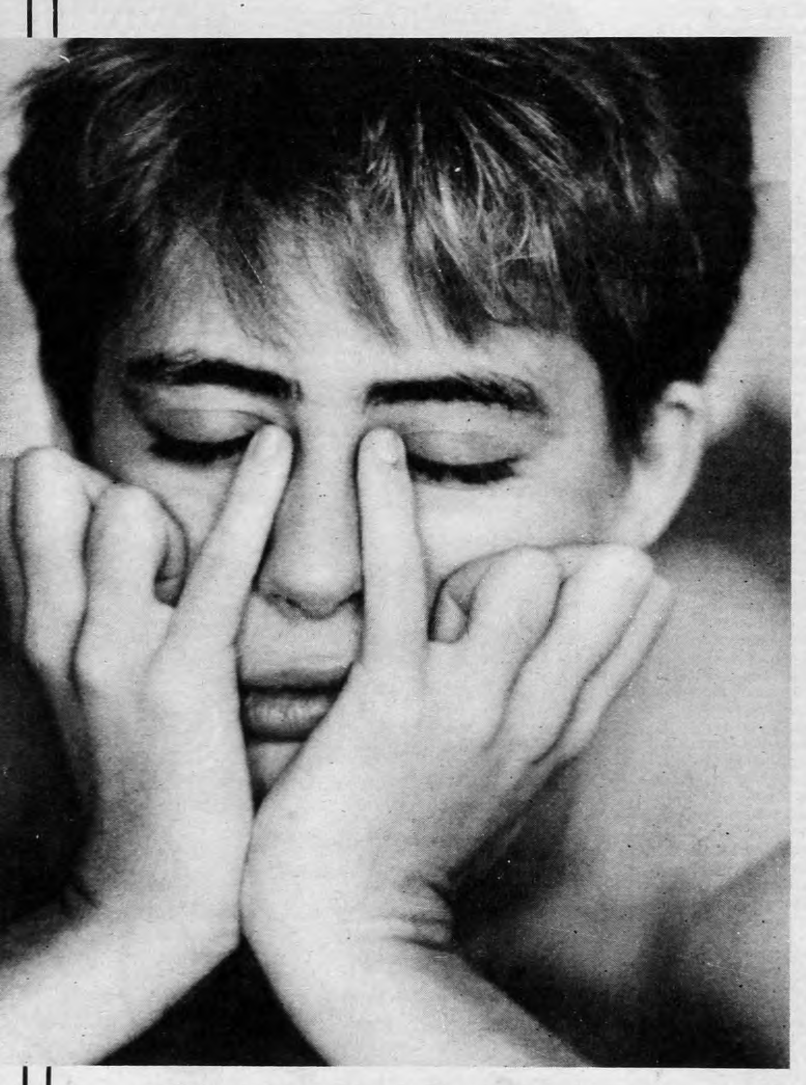
Número oculto

Deduzca un número de cuatro cifras distintas, que no empieza con cero, a partir de las pistas numéricas. En la columna B (de BIEN) se indica cuántas cifras correctamente ubicadas tiene ese número con el buscado. En la columna R (de REGULAR) se indica la cantidad de cifras comunes, pero fuera de posición.

				B	R
				4	0
7	5	3	4	0	1
6	2	0	3	1	1
5	2	4	3	0	1
4	0	9	7	1	1
3	6	4	1	0	1
7	2	5	1	1	0

SOLUCION 6909

Verano/12



GUERRA

(Por Adriana Schettini) El aborto se produjo a las 21.50 del miércoles 16. Durante largos meses habían gestado el sueño de un enero tranquilo como un feto: comer, dormir y flotar en la enorme vagina de olas y sal. Pero a la política internacional se le aceleraron las contracciones y finalmente parió la guerra. "El mundo ya no podía esperar más", les explicó George Bush cuando el monstruo de siete cabezas lanzaba sus primeros llantos anunciando que había nacido la muerte. Ellos, veraneantes de medio pelo, se abrieron de piernas y se resignaron a abortar su proyecto. La geografía de la realidad era un monoambiente sin capacidad para albergar dos criaturas.

"La Argentina está en guerra", anunció el presidente Carlos Menem. Y poco después jugueteó con la semántica para aplacar los ánimos. "Apoyo logístico", "estado de beligerancia", "neutralidad" no eran más que palabras desvaneciéndose frente a lo definitivo de la muerte. Las Malvinas estaban todavía demasiado cerca de la memoria como para permitirles encogerse de hombros, proclamar "¿Yo?, argentino" y volver a la playa como si nada hubiera sucedido.

En las heladerías y los bares de la Avenida 3, en Villa Gesell, el aire ya no olía a música de bailantas. Ni siquiera dibujaba estridencias tecno para seducir a adolescentes con bermudas de lycra y neuronas despolitizadas. Los anuncios de la televisión y las radios enganchadas en la cadena norteamericana CNN devoraban hasta la última gota de oxígeno. Ese miércoles el ritmo de la noche tenía los acordes altisonantes del apocalipsis.

—Esto va a durar cinco días —profetizaba el Presidente entrenado en acortar tiempos manejando a 150 kilómetros por hora y decidiendo por decreto los destinos de la Nación.

Ellos, en un enjambre que no abandonaba las pizarras de los diarios en Mar del Plata, leían con preocupación las declaraciones de Bush que pronosticaban un conflicto largo y duro.

—Pá, ¿la guerra va a ser como la de las películas? ¿Es cierto que si tiran una bomba el aire va a desaparecer y no vamos a poder respirar? ¿Por qué a nosotros no nos dan esas máscaras de marcianos? —insistía la niña con el miedo estrenado a los cinco años. El hombre, sin demasiada convicción, echó mano a los argumentos oficiales y balbuceó una explicación plagada de cuentas con los kilómetros que separan a las naves argentinas del peligro. Creyó, optimista, que las matemáticas menemistas, inútiles para enfrentarse con la lógica de la ciudadanía adulta, bastarían para tranquilizar el terror infantil. Fue en vano.

—No entiendo —repreguntó la niña—. Si nosotros también estamos peleando. ¿La guerra va a pasar por esta calle?—. Y el hombre prefirió que su hija conservara intacto el horror ante la muerte a explicarle la teoría presidencial sobre los beneficios secundarios de la guerra. La vergüenza no le alcanzó para decirle que "nosotros vamos a venderle al mundo lo que le falte y esta guerra podrá ayudar a la Argentina como lo hizo la Segunda Guerra Mundial."

Tendidos en la arena, con los diarios desplegados sobre la lona, nadie se anima a repetir las bravuconadas del '82 desafiando a que se venga, que acá está pechito argentino para demostrarles lo que es bueno. Parados en la orilla del mar, chapotean entre las teorizaciones sobre los misiles SS 12, los Scud-B y el Badr-2000 y se zambullen en las discusiones de un Congreso de utilería.

"Para algunos está en guerra y para otros simplemente se produjo la pérdida de la neutralidad...", lee en voz alta un cuarentón refugiado en la sombra bienhechora de la carpa. Con los problemas del Golfo alcanza y sobra, como para sumarle el del ozono, pensó previsor. Con las sillas puestas en semicírculo, otros cuatro lo escuchaban con un grado de concentración y un esfuerzo de comprensión más propio de quien intenta descifrar un mensaje satánico que de quien se entera de las declaraciones del Presidente en su país. Un niño los observa sin decir palabra.

"La Argentina quiere, en definitiva, no perder el tren de la historia", dice el diario que dijo Menem cuando los periodistas le señalaron la discrepancia de los partidos con su decisión de enviar naves al Golfo.

—No entiendo —se animó el niño que ya creía entender de qué se trataba—. ¿Para qué se preocupa por el tren si en la Ferrari va a llegar mucho más rápido?

NOVELA CON ARG

Puta madre, se dijo Agustín Palant, venir a refugiarse en esta ciudad para finalmente serle tan fiel a las locales lecturas baratas y tan pero tan infiel a lo único que podía importarle, la escritura.

No iba a poder volver a escribir nunca más, al menos no hasta que entendiera por qué había apretado el gatillo contra una cabeza. Contra una cierta cabeza. Ella era o fue o había sido actriz y se llamó Edwina. El nombre lo recordaba bien, lo había repetido muchas veces en horas anteriores: en el teatro, durante el viaje a casa de ella, hasta en el departamento y quizá en el instante mismo de sacar el revólver. Edwina, pronunciado así, suavemente arrastrado, como lo habían pronunciado todos aquellos que como él se acercaron a felicitarla después de la función. A felicitarla y a tomar la sopa que ella había estado preparando a lo largo de la obra, pero esa es otra historia aunque en realidad la sopa fue la culpable de lo que ocurrió después porque marcó la pausa dándoles a ellos dos tiempo suficiente para conversar. El a ella debió haberle parecido interesante con su negra tupida barba y su aire un poco envarado, inteligente. Se habían puesto de acuerdo en tomar unos tragos una de estas noches. Y Agustín al dejar el galpón transformado en teatro, sin detenerse a pensar en Roberta que estaría esperando su llamado y también su persona, había decidido *esta* noche, esta misma nefasta, aciaga noche.

En su rincón del Village como quien está preparándose en el otro rincón del ring, de pie sobre la lona. Roberta baila sus pensamientos con una copa de slivowitz en la mano. El combate parecería ser contra todas las costras interiores que suelen oponerse al noble fluir del material secreto, si no fuera que esporádicos ramalazos de Agustín —el nombre de Agustín, la espera de un abrazo, de una palabra— se le interponen en la lucha y la detienen por instantes que son relámpagos apenas, más bien una forma del extrañar que viene de muchísimo más lejos y puede por el momento convertirse en sombra. En esa noche su sensación primordial es que galopa, y que galopa energía. Lo que más le gusta. Escribiría la palabra energía con mayúscula si estuviera escribiendo, pero está bailando aunque en realidad está escribiendo de una forma mucho más física: con el cuerpo. Es una escritura sin marca para un solo lector(a), ella misma. Así es como más se quiere. Ni muy astuta ni muy sutil o siquiera elegante —y son estas instancias que a veces la visitan—. Sólo puede quererse de verdad cuando cabalga su propia energía como si fuera un potro. O mejor una escoba. La muy bruja, se dice.

La preocupación por el bendito Agustín le vuelve de a ratos pero es una preocupación exorcizable, hoy. Con gusto lo agarraría de sus abundantes pelos y le reclamaría Quereme, carajo. Con gusto esperaría de él alguna reacción violenta, un estrujante abrazo o un rechazo, algo que la ubicara a ella con respecto a él, y no ese ambiguo escurrirse de Agustín, como un no querer queriendo o a la inversa.

Esta noche necesita alejarse de Agustín, del recuerdo de él, de las ganas de él o mejor dicho de las ganas de que él sea distinto y responda plenamente a las de ella. Esta noche Roberta está decidida a reanudar la escritura de su nueva novela. Porque fue conocerlo a Agustín unos meses atrás y perder el hilo de la historia, y ahora que por fin va logrando retomarlo los personajes ya no lucen la docilidad de antes. Se le han sublevado y no quieren saber nada con el plan establecido: hacen de las suyas, se le salen de cauce. Mejor así. Roberta autora está penosamente volviendo a ser ella. En esa novela se había propuesto ser otra, metódica y estructurada, y no por influencia de Agustín Palant como podría suponerse sino como premonición de Agustín, que habría de meterse en su vida para desbaratarle el argumento.

Se conocieron en uno de esos congresos de escritores a los que Nueva York es adicta. Escritores latinoamericanos para colmo. Agustín Palant acababa de llegar con una beca importante y a Roberta le gustó su pinta. Mirada va, mirada viene, se reconocieron a distancia. Colegas, compatriotas, esas afinidades del alma sumadas a algunas otras atracciones menos confesables. Durante la celebración de clausura del congreso él se le acercó, copa en mano.

—Roberta Aguilar, ¿es un seudónimo? Leí algunas cosas tuyas.

—Yo también. No digo cosas mías, cosas tuyas. Alguna de esas llamadas novelas. Me interesaron mucho. Tenés una verdadera devoción por el detalle, pero una devoción algo siniestra, más inquietante que proustiana. Disculpame. Comentarios así no se hacen en un ágape gringo.

—De todos modos ahora tengo intención de escribir algo distinto. Quiero meter más barro, más sangre, qué sé yo. Suena grandilocuente o cursi. Disculpame vos, ahora.

—En el fondo de nuestra almita siempre seremos unos porteños timoratos, pidiendo perdón, por la poca sinceridad a la que nos animamos.

—Y cómo. Frente al terror de estos rascacielos llenos de ojos que nos miran y en la noche de neones, porteños somos, pero no por eso dejaré de decirte que leí tus cuentos con placer aunque por momentos me parecieron demasiado impulsivos, un salto al vacío.

—Usted en cambio nos ha salido bien racional cuando empluma la puña. Cuando empuña la pluma, quiero decir.

—No. Quisiste decir lo otro y lo dijiste, no más. Valiente. Te conozco por tu literatura y me gusta, siento que somos complementarios.

—No me asustés, parece de manual, ¿no? La chica impulsiva y el muchacho razonador, ponderado.

—No tanto. En lo poco que leí tuyo creí detectar un extraño razonamiento que sostiene el impulso. Por mi parte, ando buscando la ilógica en la lógica.

—Se hace lo que se puede.

—Y algunas otras cositas, de yapa.

—Si usté lo dice.

Del dicho al lecho había habido relativamente poco trecho. Roberta llevaba cinco años viviendo en New York cuando se conocieron. Agustín pensaba pasar el año de su beca merodeando por allí y alrededores, dispuesto a escribir una novela y gastar sus denarios. Y la novela no le salía, según le confesó a Roberta cuando los encuentros se habían hecho más íntimos. La novela no le salía y en ciertas oportunidades como aquélla tampoco le salía demasiado bien la intimidad. Quizá ambas iban vagamente de la mano, pensó entonces Roberta sin animarse a decirlo.

—No te preocupés, lo aplacó en cambio. No te preocupés por la novela directamente, escribí con el cuerpo. Es lo único que puede tener cierto viso de verdad.

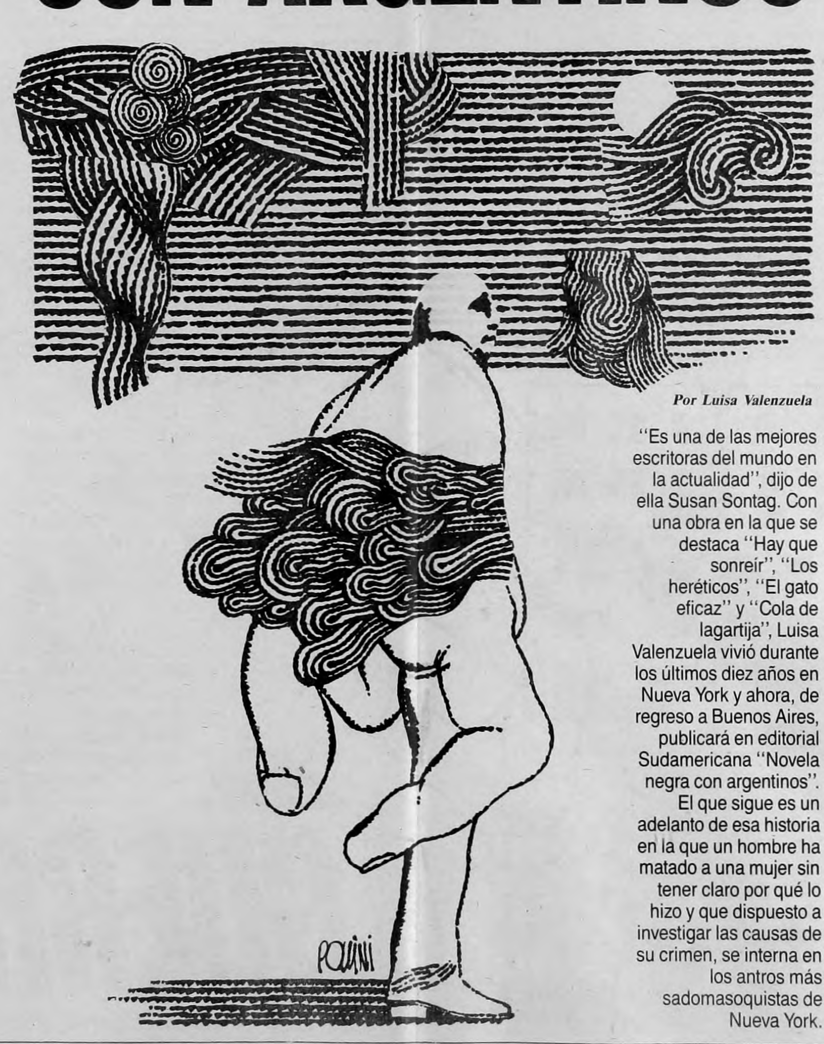
—No sé qué me querés decir con eso.

—Bueno. Yo tampoco sé pero lo siento, escribí con el cuerpo, te digo. El secreto es res, non verba. Es decir restaurar, restablecer, revolcarse. Ya ves, las palabritas la llevan a una de la nariz. Te arrastran, casi. Arrastrada, me diría algún bien pensante de esos que sobran en nuestra patria. Y sí. Somos todos putas del lenguaje: trabajamos para él, le damos de comer, nos humillamos por su culpa y nos vanagloriamos de él y después de todo ¿qué?. Nos pide más. Siempre nos va a pedir más, y más hondo. Como en nuestros memorables transportes urbanos, "un pasito más atrás", lo que quiere decir un pasito más adentro, más adentro en esa profundidad insondable desde donde cada vez nos cuesta más salir a flote y volver a sumergirnos. Ca-ra-jo. Por eso te digo con el cuerpo, porque ese meterse hasta el fondo sin fondo no lo puede hacer la cabecita sola. Con perdón de toda analogía, metáfora o asociación o alegoría que tu mente calenturienta esté pergeniando en este instante. O sin perdón alguno, que de eso se trata, al fin y al cabo.

Siempre muy sabia. Roberta, sí, para movilizar al otro. Muy sabia de la boca para afuera, y después sumida en esa ansiedad que sólo se disipa a ritmo de galope, sólo entonces sintiéndose dueña de sí, en brazos del otro o de lo que ella llama la energía que en sus mejores momentos la arrastra a la escritura y en los peores —ahora— la lleva a preguntarse dónde estará Agustín y por qué no aparece.



NOVELA NEGRA CON ARGENTINOS



Por Luisa Valenzuela

"Es una de las mejores escritoras del mundo en la actualidad", dijo de ella Susan Sontag. Con una obra en la que se destaca "Hay que sonreír", "Los heréticos", "El gato eficaz" y "Cola de lagartija", Luisa Valenzuela vivió durante los últimos diez años en Nueva York y ahora, de regreso a Buenos Aires, publicará en editorial Sudamericana "Novela negra con argentinos". El que sigue es un adelanto de esa historia en la que un hombre ha matado a una mujer sin tener claro por qué lo hizo y que dispuesto a investigar las causas de su crimen, se interna en los antros más sadomasoquistas de Nueva York.

Puta madre, se dijo Agustín Palant, venir a refugiarse en esta ciudad para finalmente serle tan fiel a las locales lecturas baratas y tan pero tan infiel a lo único que podía importarle, la escritura.

No iba a poder volver a escribir nunca más, al menos no hasta que entendiera por qué había apretado el gatillo contra una cabeza. Contra una cierta cabeza. Ella era o fue o había sido actriz y se llamó Edwina. El nombre lo recordaba bien, lo había repetido muchas veces en horas anteriores: en el teatro, durante el viaje a casa de ella, hasta en el departamento y quizá en el instante mismo de sacar el revólver. Edwina, pronunciado así, suavemente arrastrado, como lo habían pronunciado todos aquellos que como él se acercaron a felicitarla después de la función. A felicitarla y a tomar la sopa que ella había estado preparando a lo largo de la obra, pero esa es otra historia aunque en realidad la sopa fue la culpable de lo que ocurrió después porque marcó la pausa dándoles a ellos dos tiempo suficiente para conversar. El a ella debió haberle parecido interesante con su negra tupida barba y su aire un poco envarado, inteligente. Se habían puesto de acuerdo en tomar unos tragos una de estas noches. Y Agustín al dejar el galpón transformado en teatro, sin detenerse a pensar en Roberta que estaría esperando su llamado y también su persona, había decidido *esta* noche, esta misma nefasta, aciaga noche.

En su rincón del Village como quien está preparándose en el otro rincón del ring, de pie sobre la lona. Roberta baila sus pensamientos con una copa de slivowitz en la mano. El combate parecería ser contra todas las costras interiores que suelen oponerse al noble fluir del material secreto, si no fuera que esporádicos ramalazos de Agustín —el nombre de Agustín, la espera de un abrazo, de una palabra— se le interponen en la lucha y la detienen por instantes que son relámpagos apenas, más bien una forma del extrañar que viene de muchísimo más lejos y puede por el momento convertirse en sombra. En esa noche su sensación primordial es que galopa, y que galopa energía. Lo que más le gusta. Escribiría la palabra energía con mayúscula si estuviera escribiendo, pero está bailando aunque en realidad está escribiendo de una forma mucho más física: con el cuerpo. Es una escritura sin marca para un solo lector(a), ella misma. Así es como más se quiere. Ni muy astuta ni muy sutil o siquiera elegante —y son estas instancias que a veces la visitan—. Sólo puede quererse de verdad cuando cabalga su propia energía como si fuera un potro. O mejor una escoba. La muy bruja, se dice.

La preocupación por el bendito Agustín le vuelve de a ratos pero es una preocupación exorcizable, hoy. Con gusto lo agarraría de sus abundantes pelos y le reclamaría Quereme, carajo. Con gusto esperaría de él alguna reacción violenta, un estrujante abrazo o un rechazo, algo que la ubicara a ella con respecto a él, y no ese ambiguo escurrirse de Agustín, como un no querer queriendo o a la inversa.

Esta noche necesita alejarse de Agustín, del recuerdo de él, de las ganas de él o mejor dicho de las ganas de que él sea distinto y responda plenamente a las de ella. Esta noche Roberta está decidida a reanudar la escritura de su nueva novela. Porque fue conocerlo a Agustín unos meses atrás y perder el hilo de la historia, y ahora que por fin va logrando retomarlo los personajes ya no lucen la docilidad de antes. Se le han sublevado y no quieren saber nada con el plan establecido: hacen de las suyas, se le salen de cauce. Mejor así. Roberta autora está penosamente volviendo a ser ella. En esa novela se había propuesto ser otra, metódica y estructurada, y no por influencia de Agustín Palant como podría suponerse sino como premonición de Agustín, que habría de meterse en su vida para desbaratarle el argumento.

Se conocieron en uno de esos congresos de escritores a los que Nueva York es adicta. Escritores latinoamericanos para colmo. Agustín Palant acababa de llegar con una beca importante y a Roberta le gustó su pinta. Mirada va, mirada viene, se reconocieron a distancia. Colegas, compatriotas, esas afinidades del alma sumadas a algunas otras atracciones menos confesables. Durante la celebración de clausura del congreso él se le acercó, copa en mano.

—Roberta Aguilar, ¿es un seudónimo? Leí algunas cosas tuyas.

—Yo también. No digo cosas mías, cosas tuyas. Alguna de esas llamadas novelas. Me interesaron mucho. Tenés una verdadera devoción por el detalle, pero una devoción algo siniestra, más inquietante que proustiana. Disculpame. Comentarios así no se hacen en un ágape gringo.

—De todos modos ahora tengo intención de escribir algo distinto. Quiero meter más barro, más sangre, qué sé yo. Suena grandilocuente o cursi. Disculpame vos, ahora.

—En el fondo de nuestra almita siempre seremos unos porteños timoratos, pidiendo perdón, por la poca sinceridad a la que nos animamos.

—Y cómo. Frente al terror de estos rascacielos llenos de ojos que nos miran y en la noche de neones, porteños somos, pero no por eso dejaré de decirte que leí tus cuentos con placer aunque por momentos me parecieron demasiado impulsivos, un salto al vacío.

—Usted en cambio nos ha salido bien racional cuando empluma la puña. Cuando empuña la pluma, quiero decir.

—No. Quisiste decir lo otro y lo dijiste, no más. Valiente. Te conozco por tu literatura y me gusta, siento que somos complementarios.

—No me asustés, parece de manual, ¿no? La chica impulsiva y el muchacho razonador, ponderado.

—No tanto. En lo poco que leí tuyo creí detectar un extraño razonamiento que sostiene el impulso. Por mi parte, ando buscando la ilógica en la lógica.

—Se hace lo que se puede.

—Y algunas otras cositas, de yapa.

—Si usté lo dice.

Del dicho al lecho había habido relativamente poco trecho. Roberta llevaba cinco años viviendo en New York cuando se conocieron. Agustín pensaba pasar el año de su beca merodeando por allí y alrededores, dispuesto a escribir una novela y gastar sus denarios. Y la novela no le salía, según le confesó a Roberta cuando los encuentros se habían hecho más íntimos. La novela no le salía y en ciertas oportunidades como aquélla tampoco le salía demasiado bien la intimidad. Quizá ambas iban vagamente de la mano, pensó entonces Roberta sin animarse a decirlo.

—No te preocupés, lo aplacó en cambio. No te preocupés por la novela directamente, escribí con el cuerpo. Es lo único que puede tener cierto viso de verdad.

—No sé qué me querés decir con eso.

—Bueno. Yo tampoco sé pero lo siento, escribí con el cuerpo, te digo. El secreto es res, non verba. Es decir restaurar, restablecer, revolcarse. Ya ves, las palabritas la llevan a una de la nariz. Te arrastran, casi. Arrastrada, me diría algún bien pensante de esos que sobran en nuestra patria. Y sí. Somos todos putas del lenguaje: trabajamos para él, le damos de comer, nos humillamos por su culpa y nos vanagloriamos de él y después de todo ¿qué?. Nos pide más. Siempre nos va a pedir más, y más hondo. Como en nuestros memorables transportes urbanos, "un pasito más atrás", lo que quiere decir un pasito más adentro, más adentro en esa profundidad insondable desde donde cada vez nos cuesta más salir a flote y volver a sumergirnos. Ca-ra-jo. Por eso te digo con el cuerpo, porque ese meterse hasta el fondo sin fondo no lo puede hacer la cabecita sola. Con perdón de toda analogía, metáfora o asociación o alegoría que tu mente calenturienta esté pergeniando en este instante. O sin perdón alguno, que de eso se trata, al fin y al cabo.

Siempre muy sabia. Roberta, sí, para movilizar al otro. Muy sabia de la boca para afuera, y después sumida en esa ansiedad que sólo se disipa a ritmo de galope, sólo entonces sintiéndose dueña de sí, en brazos del otro o de lo que ella llama la energía que en sus mejores momentos la arrastra a la escritura y en los peores —ahora— la lleva a preguntarse dónde estará Agustín y por qué no aparece.

Con sobrecogedor esfuerzo Agustín Palant había logrado por fin su propósito: meterse bajo tierra. Es decir bajar las escaleras hacia el tren subterráneo, comprar la ficha, franquear el molinete, mantenerse de pie, erguido, y tratar de respirar con regularidad casi humana, ya no como animal acosado. Sólo faltaba lo otro, la llegada del tren que lo sacaría de esa zona de horror como si además fuera posible sacarlo de sí mismo.

A tan avanzada hora de la noche la espera podía hacerse interminable. Lo sabía. Sabía del espaciamiento de los trenes por la noche, del delirio y el vacío de la noche tan llena de amenazas a las que ahora se sumaba otra mucho más angustiante, la pérdida del propio reconocimiento, atrapado para siempre en la trampa de una muerte. Una muerta. Edwina. Edwina ¿qué? como hubiera preguntado su madre en tiempos tan remotos. No des nombres sin su correspondiente apellido, doble en lo posible, no des sólo el nombre, es guarango, grosero; nombres, alias, apellidos, apodos, ¿a quién corresponde el apodo, el alias? ¿Cómo se llamaba, cómo se llamaba? chilló o pudo haber chillado o chillará el interrogador si alguna vez Agustín Palant fue o será interrogado.

Edwina ¿qué?. Un apellido común, cualquiera, Brown, Jones. Smith. Automáticamente Agustín metió la mano en el bolsillo del impermeable, sacó la página fotocopiada que era el programa del teatro y leyó Edwina Irving. Sí. Al instante se dio cuenta de lo que tenía en la mano e hizo un bollo con el papel y lo tiró a lo lejos, como quien se sacude de encima una alimaña. El corazón le dio un tumbo. Miró aterrado en derredor y notó que nadie le prestaba atención, nadie sospechaba. Había sólo tres personas en el andén, cada cual concentrado en lo suyo. Un borracho semidormido sobre su propio meo y una pareja besándose. Dos tipos de idéntico bigotazo besándose como si fuera lo último que les quedaba por hacer en este mundo. Agustín caminó entonces con las caderas trabadas hasta el arrugado papel que había sido el programa, lo recogió con la intención de prenderle fuego, a tiempo se contuvo comprendiendo que no debía llamar la atención por más ensimismados que estuvieran los otros, estrujó bien el papel que había sido el programa y después abrió el puño y con la otra mano lo fue desmigajando minuciosamente, como una forma distraída de pasar ese tiempo sin tiempo de la espera que le abría un espacio para llegarse muy lentamente hasta el enorme contenedor de basura y esparcir los confetti entre latas abolladas y papeles engrasados y diarios roídos y vasos de cartón y vómitos y demás ascos del desperdicio humano en la ciudad absolutamente visceral, capital de la inmundicia.

Recordó haber pensado eso: la basura y la ciudad y el vómito, precisamente eso al enfilar hacia la zona, cuando decidió invadir territorios incursionando en lo desconocido. Por allí no te metás ni muerto, le habían prevenido a los pocos días de llegar a New York. El prevenido a los pocos días de llegar a New York. El Lower East Side es tan peligroso como Harlem en la otra punta, es barrio de drogas, de traficantes de la pesada. Más vale mantenerse a distancia, nunca cruzar hacia el este la Primera Avenida que es la frontera.

Pero si uno no cruza las fronteras ¿puede acaso llegar al otro lado? La pregunta quizá se la había metido Roberta en la cabeza, ella solía largar frases así, un poco al descuido para dejarlas clavadas en el interlocutor, como banderillas. Largarse hasta la avenida C, por ejemplo, atravesar el abecedario, probablemente ella lo había propuesto alguna vez, aunque fácil era echarle ahora la culpa. Meterse en las letras con el cuerpo, muy bien había podido decirle Roberta a Agustín durante algún paseo inofensivo. El hecho es que se había metido. Solito. O no tanto. Unas cuadras más atrás, del lado seguro de la frontera pero muy cerca de ella, había entrado eso sí solito en la armería y había salido acompañado de un arma.

Si iba a aceptar el ofrecimiento de una casa aislada en los Adirondacks —el lugar ideal para ponerse sin excusas a escribir su novela, le habían asegurado— necesitaría esa módica sensación de seguridad que le podía dar un revólver. Para meter ruido, nomás, para alarmar al posible asaltante si alguien soñaba con asaltar a un simple escritor al que hasta se le había volado la musa.

Todo tan bien planeado, prolijo, abierto. Alguien le había comentado alguna vez, al descuido, de esa armería donde vendían todo tipo de armas sin mirar a quién. Y él se había dirigido precisamente allí, a ese callejón estrecho y maloliente detrás del bello mamotreto tipo torta rococó que en illo tempore había sido el departamento central de policía, nada menos.

Necesito algo de bajo calibre, simple, había pedido él en la armería. Sólo para sentirme seguro. Lo miraron con desprecio, y con más desprecio aun cuando pidió las balas y dijo que saldría con el revólver y las balas así no más, que se lo envuelvan todo. No es aconsejable en esta ciudad andar con un arma descargada, recordó claramente que lo habían conminado. Y allí mismo sobre el mostrador le enseñaron a separar el tambor y meter las balas y le dijeron ya está y le deslizaron el revólver en el bolsillo del saco, como al descuido. Cuando se tiene un arma hay que andar siempre alerta, cree también que le advirtieron entonces. Vaya.

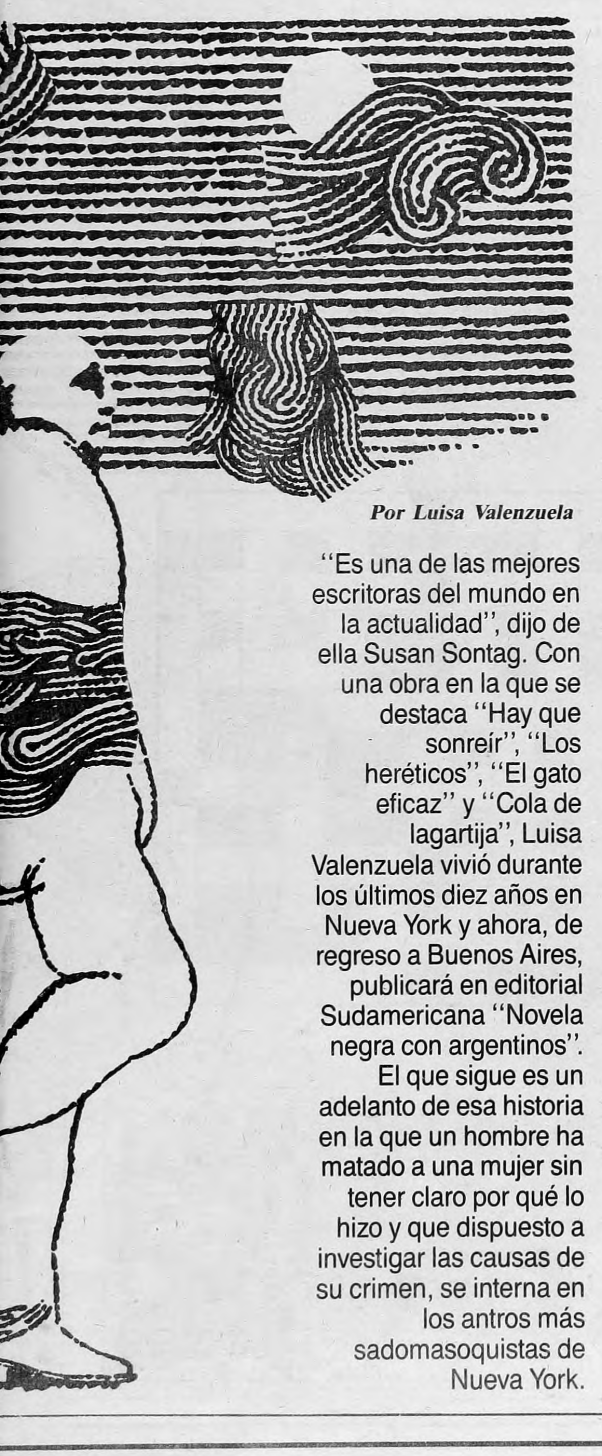
Están todos locos, se había dicho Agustín al salir de la armería, pero no había atinado a cambiar las cosas y la humillación había ido cediendo, dejando lugar a una sensación de poder que paso a paso crecía a medida que avanzaba, cada vez más cerca de la frontera, del otro lado sin darse cuenta, unas cuadras hacia el parque, y ya se estaba haciendo de noche. Con la seguridad que le daba un revólver en el bolsillo del saco, el absurdo de llevar un revólver cargado por primera vez en su vida, Agustín se fue internando por las zonas opacas del desastre. De este lado o del otro, pensó, la inmundicia es la misma, siempre las mismas grandes bolsas de plástico negro, apiladas, llenas de desperdicios y en mi país en tiempos militares las bolsas tendrían más bien restos de, mejor pensar en otra cosa, armar la sonrisa de seguridad e indiferencia, mostrarse bien alerta sin mostrarse alarmado, caminar decidido entre esas voces que le ofrecen drogas aspirables, absorbibles, inyectables, que le ofrecen mujeres, hombres, adolescentes, niños y le dicen aceptamos tarjeta de crédito, cualquier cosa, y él avanza por la miseria humana haciéndose el que no oye, porque ésa es la forma de comunicación en esos estratos, unos hablan al aire o gritan al aire con desaforados gritos de loco, detallando las tentaciones y los nombres poéticos de la heroína que suenan a paraísos tropicales en los oídos de los desesperados que se arrastran desde lejos respondiendo al llamado de quienes gritan pero nunca jamás miran a los ojos, nunca son ellos quienes venden ni son quienes compran los que compran, y así Agustín se desliza —deslizó— por esa región del desquicio sintiéndose intocado.

Atravesó el temible Tompkins Square en diagonal o al menos creyó que en diagonal, se dejó llevar por oscuridades y misterios. Transitó cuadras a las que antes no se habría ni acercado a la luz del día, sintió el coraje que le transfería ese revólver cargado en el bolsillo derecho del saco, disimulado bajo el impermeable pero tan, tan presente en su sonrisa. Jamás se decidiría a usarlo, pero mientras tanto la sensación de seguridad le trepaba por los flancos y lo impulsaba adelante.

Y fue reconociendo y reconciliándose en parte con la otra cara o mejor dicho el culo —el oscuro y delicuescente agujero— de esa ciudad que se le escapaba entre los dedos, que a cada instante se transformaba en otra.

Roberta se sentiría orgullosa de él, pero no se lo contaría a Roberta. No quería regalarle este triunfo. Meté tu cuerpo donde metés tus palabras, le había reclamado ella de una u otra forma, más en relación a la relación de ambos que a la literatura. El no pensaba escribir sobre las regiones del detritus donde la ciudad se volvía letal, mucho más fiel a sí misma que en la pulcra geometría de Park Avenue, por decir algo. A Agustín le encantaba pasearse por Park sin Roberta, porque Roberta sentía allí un encogimiento del corazón que no le podía describir a Agustín pero que estaba relacionado con lo físicamente inalcanzable. Lo desmesurado, lo frío, lo bello, lo ausente.

NEGRA
ENTINOS



Por Luisa Valenzuela

"Es una de las mejores escritoras del mundo en la actualidad", dijo de ella Susan Sontag. Con una obra en la que se destaca "Hay que sonreír", "Los heréticos", "El gato eficaz" y "Cola de lagartija", Luisa Valenzuela vivió durante los últimos diez años en Nueva York y ahora, de regreso a Buenos Aires, publicará en editorial Sudamericana "Novela negra con argentinos". El que sigue es un adelanto de esa historia en la que un hombre ha matado a una mujer sin tener claro por qué lo hizo y que dispuesto a investigar las causas de su crimen, se interna en los antros más sadomasoquistas de Nueva York.

Con sobrecogedor esfuerzo Agustín Palant había logrado por fin su propósito: meterse bajo tierra. Es decir bajar las escaleras hacia el tren subterráneo, comprar la ficha, franquear el molinete, mantenerse de pie, erguido, y tratar de respirar con regularidad casi humana, ya no como animal acosado. Sólo faltaba lo otro, la llegada del tren que lo sacaría de esa zona de horror como si además fuera posible sacarlo de sí mismo.

A tan avanzada hora de la noche la espera podía hacerse interminable. Lo sabía. Sabía del espaciamiento de los trenes por la noche, del delirio y el vacío de la noche tan llena de amenazas a las que ahora se sumaba otra mucho más angustiante, la pérdida del propio reconocimiento, atrapado para siempre en la trampa de una muerte. Una muerta. Edwina. Edwina ¿qué? como hubiera preguntado su madre en tiempos tan remotos. No des nombres sin su correspondiente apellido, doble en lo posible, no des sólo el nombre, es guarango, grosero; nombres, alias, apellidos, apodos, ¿a quién corresponde el apodo, el alias? ¿Cómo se llamaba, cómo se llamaba? chilló o pudo haber chillado o chillará el interrogador si alguna vez Agustín Palant fue o será interrogado.

Edwina ¿qué?. Un apellido común, cualquiera, Brown, Jones. Smith. Automáticamente Agustín metió la mano en el bolsillo del impermeable, sacó la página fotocopiada que era el programa del teatro y leyó Edwina Irving. Sí. Al instante se dio cuenta de lo que tenía en la mano e hizo un bollo con el papel y lo tiró a lo lejos, como quien se sacude de encima una alimaña. El corazón le dio un tumbo. Miró aterrado en derredor y notó que nadie le prestaba atención, nadie sospechaba. Había sólo tres personas en el andén, cada cual concentrado en lo suyo. Un borracho semidormido sobre su propio meo y una pareja besándose. Dos tipos de idéntico bigotazo besándose como si fuera lo último que les quedaba por hacer en este mundo. Agustín caminó entonces con las caderas trabadas hasta el arrugado papel que había sido el programa, lo recogió con la intención de prenderle fuego, a tiempo se contuvo comprendiendo que no debía llamar la atención por más ensimismados que estuvieran los otros, estrujó bien el papel que había sido el programa y después abrió el puño y con la otra mano lo fue desmigajando minuciosamente, como una forma distraída de pasar ese tiempo sin tiempo de la espera que le abría un espacio para llegarse muy lentamente hasta el enorme contenedor de basura y esparcir los confetti entre latas abolladas y papeles engrasados y diarios roídos y vasos de cartón y vómitos y demás ascos del desperdicio humano en la ciudad absolutamente visceral, capital de la inmundicia.

Recordó haber pensado eso: la basura y la ciudad y el vómito, precisamente eso al enfilar hacia la zona, cuando decidió invadir territorios incursionando en lo desconocido. Por allí no te metás ni muerto, le habían prevenido a los pocos días de llegar a New York. El prevenido a los pocos días de llegar a New York. El Lower East Side es tan peligroso como Harlem en la otra punta, es barrio de drogas, de traficantes de la pesada. Más vale mantenerse a distancia, nunca cruzar hacia el este la Primera Avenida que es la frontera.

Pero si uno no cruza las fronteras ¿puede acaso llegar al otro lado? La pregunta quizá se la había metido Roberta en la cabeza, ella solía largar frases así, un poco al descuido para dejarlas clavadas en el interlocutor, como banderillas. Largarse hasta la avenida C, por ejemplo, atravesar el abecedario, probablemente ella lo había propuesto alguna vez, aunque fácil era echarle ahora la culpa. Meterse en las letras con el cuerpo, muy bien había podido decirle Roberta a Agustín durante algún paseo inofensivo. El hecho es que se había metido. Solito. O no tanto. Unas cuadras más atrás, del lado seguro de la frontera pero muy cerca de ella, había entrado eso sí solito en la armería y había salido acompañado de un arma.

Si iba a aceptar el ofrecimiento de una casa aislada en los Adirondacks —el lugar ideal para ponerse sin excusas a escribir su novela, le habían asegurado— necesitaría esa módica sensación de seguridad que le podía dar un revólver. Para meter ruido, nomás, para alarmar al posible asaltante si alguien soñaba con asaltar a un simple escritor al que hasta se le había volado la musa.

Todo tan bien planeado, prolijo, abierto. Alguien le había comentado alguna vez, al descuido, de esa armería donde vendían todo tipo de armas sin mirar a quién. Y él se había dirigido precisamente allí, a ese callejón estrecho y maloliente detrás del bello mamotreto tipo torta rococó que en illo tempore había sido el departamento central de policía, nada menos.

Necesito algo de bajo calibre, simple, había pedido él en la armería. Sólo para sentirme seguro. Lo miraron con desprecio, y con más desprecio aun cuando pidió las balas y dijo que saldría con el revólver y las balas así no más, que se lo envuelvan todo. No es aconsejable en esta ciudad andar con un arma descargada, recordó claramente que lo habían conminado. Y allí mismo sobre el mostrador le enseñaron a separar el tambor y meter las balas y le dijeron ya está y le deslizaron el revólver en el bolsillo del saco, como al descuido. Cuando se tiene un arma hay que andar siempre alerta, cree también que le advirtieron entonces. Vaya.

Están todos locos, se había dicho Agustín al salir de la armería, pero no había atinado a cambiar las cosas y la humillación había ido cediendo, dejando lugar a una sensación de poder que paso a paso crecía a medida que avanzaba, cada vez más cerca de la frontera, del otro lado sin darse cuenta, unas cuadras hacia el parque, y ya se estaba haciendo de noche. Con la seguridad que le daba un revólver en el bolsillo del saco, el absurdo de llevar un revólver cargado por primera vez en su vida, Agustín se fue internando por las zonas opacas del desastre. De este lado o del otro, pensó, la inmundicia es la misma, siempre las mismas grandes bolsas de plástico negro, apiladas, llenas de desperdicios y en mi país en tiempos militares las bolsas tendrían más bien restos de, mejor pensar en otra cosa, armar la sonrisa de seguridad e indiferencia, mostrarse bien alerta sin mostrarse alarmado, caminar decidido entre esas voces que le ofrecen drogas aspirables, absorbibles, inyectables, que le ofrecen mujeres, hombres, adolescentes, niños y le dicen aceptamos tarjeta de crédito, cualquier cosa, y él avanza por la miseria humana haciéndose el que no oye, porque ésa es la forma de comunicación en esos estratos, unos hablan al aire o gritan al aire con desaforados gritos de loco, detallando las tentaciones y los nombres poéticos de la heroína que suenan a paraísos tropicales en los oídos de los desesperados que se arrastran desde lejos respondiendo al llamado de quienes gritan pero nunca jamás miran a los ojos, nunca son ellos quienes venden ni son quienes compran los que compran, y así Agustín se desliza —deslizó— por esa región del desquicio sintiéndose intocado.

Atravesó el temible Tompkins Square en diagonal o al menos creyó que en diagonal, se dejó llevar por oscuridades y misterios. Transitó cuadras a las que antes no se habría ni acercado a la luz del día, sintió el coraje que le transfería ese revólver cargado en el bolsillo derecho del saco, disimulado bajo el impermeable pero tan, tan presente en su sonrisa. Jamás se decidiría a usarlo, pero mientras tanto la sensación de seguridad le trepaba por los flancos y lo impulsaba adelante.

Y fue reconociendo y reconciliándose en parte con la otra cara o mejor dicho el culo —el oscuro y delicuescente agujero— de esa ciudad que se le escapaba entre los dedos, que a cada instante se transformaba en otra.

Roberta se sentiría orgullosa de él, pero no se lo contaría a Roberta. No quería regalarle este triunfo. Meté tu cuerpo donde metés tus palabras, le había reclamado ella de una u otra forma, más en relación a la relación de ambos que a la literatura. El no pensaba escribir sobre las regiones del detritus donde la ciudad se volvía letal, mucho más fiel a sí misma que en la pulcra geometría de Park Avenue, por decir algo. A Agustín le encantaba pasearse por Park sin Roberta, porque Roberta sentía allí un encogimiento del corazón que no le podía describir a Agustín pero que estaba relacionado con lo físicamente inalcanzable. Lo desmesurado, lo frío, lo bello, lo ausente.

Todos los juegos el juego. La propuesta no es juego de niños. Es un desafío para lectores informados y con ganas de hacer memoria. Quien posea esas dos condiciones podrá sumarse a la legión de veraneantes que a la hora en que el sol cae a plomo y la piel maldice al agujero de ozono acomodan su capacidad lúdica en la sombrita de la carpa y reemplazan al viejo truco y la remanida generala por el juego de **Página/12.**

Basado en preguntas y respuestas referidas a temas periodísticos publicados en este matutino, el objetivo consiste en que cada uno de los jugadores (o de los equipos, si se opta por la variante grupal) arme su propio diario que constará de 12 páginas numeradas, cada una de las cuales representa una sección fija de **Página/12.** El que primero complete el ejemplar será el ganador.

Un tablero con casillas que determinarán sobre qué tema debe contestar cada jugador para obtener la página, será recorrido por fichas según los valores obtenidos al tirar el dado. La casilla indica el número de página —representada por una tarjeta— que le será leída al jugador. En cada una de las 600 tarjetas que contiene el juego figura el extracto de una nota publicada en **Página/12**, y una pregunta vinculada al tema tratado. Si el jugador la contesta correctamente, recibe la página y cede el turno al próximo. Si se equivoca o no contesta, espera el siguiente turno. Para ganar la partida es necesario cerrar la edición con la tapa del matutino.

En una combinación de suerte y conocimientos, el juego fabricado por Edukit S.A. propone una recorrida por noticias que abarcan desde la política nacional hasta la internacional, pasando por el deporte, el espectáculo y la cultura. Así, para alcanzar la victoria habrá que responder interrogantes tales como *"¿Quién fue designado jefe de la Policía Federal en reemplazo del comisario Juan Pirker?", "¿De qué país era oriundo el escritor Alejo Carpentier?", "¿En qué año se había desatado la guerra entre Irán e Irak?", "¿En qué club de fútbol porteño inició su carrera profesional Alfredo Di Stéfano?", "¿Con cuántos australes se podía comprar un dólar en mayo de 1985, cuando Sourrouille creó ese nuevo signo monetario?"*. Evidentemente, un reto para la memoria, ideal para jugar al volver de la playa o en los días en que las nubes y la lluvia conspiran contra los adoradores del sol aquí en la costa.

S.O.L
SOSTENIDO

Veranito platense. En el llamado ciclo de verano del Teatro del Lago, ubicado en pleno bosque en la localidad de La Plata y dependiente de la Subsecretaría de Cultura de la Provincia de Buenos Aires, se presenta Litto Nebbia el viernes 25, Opus 4 el sábado 26 y para el viernes 1º de febrero se está organizando la fiesta del chamamé con las hermanas Vera, Chango Spasiuk y el Trío Laurel. El sábado 2 estará Bernardo Baraj Quinteto. La coordinación general y producción ejecutiva está a cargo de Gustavo Giordano y todas las funciones comienzan a las 22. Las entradas tienen precios populares.

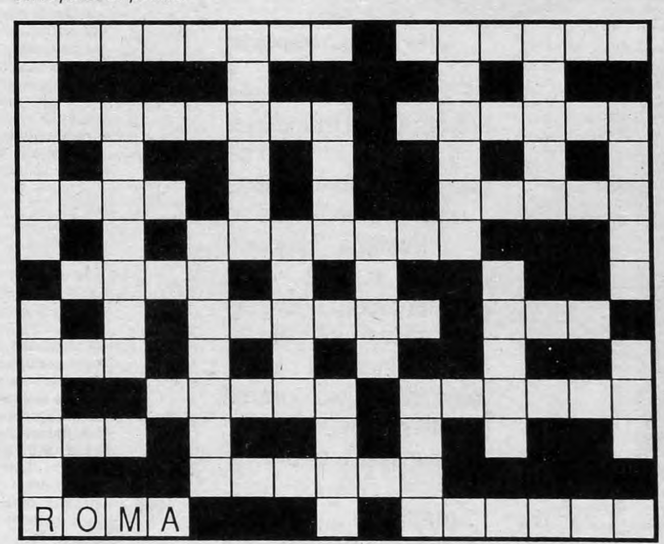
Cultura alrededor de la medianoche. La Subsecretaría de Cultura de la Provincia de Buenos Aires continúa su ciclo en Canal 2 los martes a las 24. El próximo 29 de enero los invitados serán Ana Goitía de Cafiero, presidenta de la Cooperadora Ayuda al Programa Olmos, quien presentará su libro *Ayúdame*, junto a ella se presentará el coleccionista de cine Roberto F. Dichiara. Nunca es tarde cuando el programa es bueno.



Litto Nebbia se presenta en La Plata el viernes.

EL ACOMODO

*Ubique las palabras de la lista en el esquema de manera que se crucen coherentemente. Aunque todos los caminos conducen a ella, por esta vez puede tomar a **ROMA** como punto de partida.*



TRES LETRAS: ARO - COL - TIO - USO.
CUATRO LETRAS: CORO - DIAL - OLGA - PELO - RAMA - ~~ROMA~~ - TORO.
CINCO LETRAS: ACARO - ANSAR - BUENO - DURAR - LABOR - NULOS.
SEIS LETRAS: ADALID - AMAGAR - ATACAR - CADETE - CANTAR - DOBLAR - GRANDE - OBICES - PELOTA - RODEAR.
SIETE LETRAS: CARTERO - CELADOR - CODICIA.
OCHO LETRAS: LUCHADOR - POTENCIA.

SOLUCION

